

SAN EDMUNDO, ARZOBISPO DE CANTORBERY

Día 16 de noviembre

P. Juan Croisset, S.J.

Nació San Edmundo en el lugar de Abington en Inglaterra, de padres muy virtuosos. Su padre Reynaldo se retiró á un monasterio con consentimiento de su mujer, llamada Mabilia, y vivió santamente en él. Su madre Mabilia se quedó en el mundo; pero tan desprendida de todo lo que era mundo, que todo su corazón estaba puesto en Dios. Estos fueron los padres de San Edmundo, medianamente dotados de los bienes de la Tierra, pero abundantemente abastecidos de las riquezas del Cielo. Crió santamente la virtuosa Mabilia á sus dos hijos Edmundo y Roberto. Cuando los envió á estudiar á Paris dio un cilicio á cada uno, encargándolos que le usasen dos ó tres veces á la semana, para que aquel instrumento de penitencia los sirviese como de una cota celestial contra los golpes del espíritu maligno que se vale de los engañosos atractivos de la carne para rendir á la razón, desviándola de la servidumbre del dulce yugo de la ley de Dios. Acreditó Edmundo la buena educación que le había dejado como en herencia su piadosísima madre. Enfermó gravemente su madre, y, pareciéndola que no saldría de aquella enfermedad, le llamó de París para darle su bendición antes de morir. Recibióla con profundo respeto, y rogó á su madre se la echase también á su hermano y sus hermanas. *No es menester, hijo mío,* le respondió la virtuosa matrona: *en tu persona se la echo á todos, porque todos participarán por ti de las bendiciones del Cielo.* Encargóle después, como al mayor de la familia, que cuidase de colocar á su hermano Roberto, y de dar estado á sus hermanas. En esto último se halló muy

embarazado; porque, siendo ambas dotadas de extraordinaria hermosura, temía que peligrase su salvación si se quedaban en el siglo. Propúsolas si querían ser religiosas; y habiendo aceptado las dos este partido, el mismo santo hermano las llevó al convento. Libre ya de aquel molesto cuidado, se retiró á París para acabar sus estudios, lo que continuó con la mayor aplicación. Al paso que iba adelantando en años, iba añadiendo penitencias. No usaba ya de cilicios comunes, sino de uno tan áspero, que parecía, por decirlo así, haberle tejido la misma penitencia por su propia mano. Luego que recibió los primeros grados en la facultad de París, enseñó en ella las letras humanas con mucha reputación; pero, á tiempo que estaba dictando á sus discípulos algunas lecciones de geometría, se le apareció en sueños su madre, y le preguntó qué significaban todas aquellas figuras que le llevaban tanta atención; y respondiéndola el santo mancebo lo que por entonces le ocurrió. Le tomó la madre la mano, señaló en ella tres círculos iguales, nombrándolos, uno después de otro, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y le añadió: *Deja, hijo mío, todas esas figuras en que ahora te ocupas, y en adelante piensa sólo en éstas.* Comprendió fácilmente el Santo lo que le quería decir, y desde entonces se dedicó al estudio de la teología. Cuando estudiaba, tenía á la vista una imagen de la santísima Virgen, en cuya orla se representaban los misterios de nuestra redención; y en lo más vivo del estudio fijaba los ojos en aquella Madre de la luz, con tanto fervor, que algunas veces entraba su espíritu en las dulzuras de la contemplación, quedándose suspenso y como extático. Siempre que tomaba la Biblia para leerla, la besaba con respeto. Sabiendo Gautier, arzobispo de York, que Edmundo tenía falta de libros, le hizo copiar algunos; pero él se excusó de admitirlos, por no dar ese trabajo á los monasterios; y antes bien, algunas veces vendió los que tenía para socorrer á los pobres, siendo cierto que los libros le hacían menos falta

al paso que eran mayores las luces con que le ilustraba el Cielo. Hizo tan grandes progresos en las Sagradas Letras, que contra su voluntad le honraron con la borla de doctor. Disputaba con tanta sutileza, predicaba con tanta sabiduría, y enseñaba la sagrada teología con tanta devoción, que sólo derramaba en sus discípulos y oyentes aquellas aguas puras que recogía en las fuentes del Salvador, de manera que á la profundidad de la doctrina añadía la eficacia de las sentencias, moviendo los corazones al mismo tiempo que llenaba de luz los entendimientos. Así, pues, se veía á hombres de profunda erudición que se movían á lágrimas sólo con oírle, y, deseosos de imitar sus ejemplos, se retiraban á los claustros para vivir más santamente.

Durmiendo una noche, se le representó en sueños la pieza donde enseñaba toda bañada de luz, y como que salían de ella siete hachas encendidas; y la mañana siguiente, siete discípulos suyos se fueron con un abad del Cister á tomar el hábito en su monasterio. En otra ocasión, estando para leer sobre el misterio de la santísima Trinidad, se quedó dormido en la misma cátedra, esperando la hora para dar principio á la lección; y mientras tanto le pareció que bajaba del Cielo una paloma y le metía una hostia en la boca. Habló después del altísimo misterio con tanta profundidad, que todos conocieron la divina impresión que le dictaba las palabras. Predicaba un día fuera de la iglesia de Wigorna, y de repente se cubrió el cielo de una nube tan negra y tan espesa, que el auditorio se comenzó á remover para retirarse por miedo de la tempestad. Mantúvose quieto nuestro Santo; volvióse hacia la nube, hizo la señal de la cruz y dijo en alta voz: *Yo te mando, espíritu maligno, que te retires de este lugar, y que no vengas á inquietar á este pueblo.* Al punto reventó la nube y, anegando el agua todo el contorno, no cayó una gota en el espacio que ocupaba el auditorio,

manteniéndose sereno el aire que correspondía á él cuando estaba turbado todo el que le rodeaba. Por este tiempo estaba sin pastor el arzobispado de Cantorbery, y se consultó al Papa sobre el sujeto á quien se confiaría el cuidado de aquella Iglesia. Eralo Gregorio IX, quien envió á Inglaterra sujetos de toda confianza para que se informasen del hombre más benemérito para aquella elevada dignidad; y, uniéndose todos los votos en favor de San Edmundo, quedó electo canónicamente por arzobispo, confirmando el Pontífice la elección. Pero el Santo, considerándose indigno de tan alto ministerio, se ocultó, y, cuando fue descubierto, se resistió á la aceptación; mas al fin, habiéndosele representado que se interesaba en esto el mayor servicio de Dios, y que sin ofensa de Su Majestad no podía persistir más en aquella resistencia, se rindió y se desposó con aquella Iglesia, que ya había mucho tiempo se lloraba viuda. Habiéndose consagrado, se dedicó á cuidar de su rebaño con todo el celo y con toda la vigilancia que correspondía á un buen pastor. Estaba dotado de un tesón y vigor episcopal, que no sabía ceder cuando se trataba de los derechos de su Iglesia y de defender la inmunidad eclesiástica. Por este vigoroso tesón incurrió en la indignación del Rey, de los cortesanos, de los obispos políticos y contemplativos, y aun en la de su mismo cabildo. Fue ultrajado y perseguido; pero era invencible su paciencia. Amaba á los que le perseguían, consolaba y alentaba á sus familiares, como también á los que seguían la justicia y la razón de su partido , esforzando á todos con aquellas palabras tan dignas de un discípulo de Cristo, y tan propias, de un obispo. *Las injurias (decía) que me hacen, son medicinas amargas al paladar, pero en el fondo saludables, porque contribuyen á la salud de mi alma.* Sin embargo, después de haber hecho vivas y respetuosas representaciones al Rey, viendo que su presencia irritaba más los ánimos, y que ya no se le dejaba libertad para ejercer sus funciones episcopales, él mismo se desterró

voluntariamente, y pasó á Francia, antiguo refugio de prelados perseguidos. Antes de partir obró muchos milagros; y estando ya para embarcarse, se le apareció Santo Tomás Cantuariense, aquel admirable arzobispo en quien resplandeció tanto el vigor episcopal, y le exhortó á que tuviese buen ánimo, asegurándole que muy en breve recibiría el premio de sus trabajos. Dejó, pues, á Inglaterra, y se retiró al monasterio de Pontniñy, de la Orden del Cister, donde le recibieron los monjes con todo el respeto que se debía á su carácter y á la eminencia de su virtud. Poco después cayó gravemente enfermo, y, juzgándose que debía mudar de aires, fue trasladado al monasterio de Soisac; mas no por eso dejó de agravarse la enfermedad. Conociendo que de día en día le iban faltando las fuerzas, pidió el santo Viático; y luego que vio en su cuarto al divino objeto de su amor y de su fe, extendiendo devotamente los brazos, exclamó lleno de amorosa confianza: *Vos, Señor, sois Aquel en quien siempre he creído, á quien siempre he predicado; el mismo que he anunciado á mi pueblo, según la verdad de nuestro Evangelio; Vos sois Testigo de que á sólo Vos he buscado en este mundo, y que todo mi deseo ha sido cumplir en todo vuestra santa voluntad: esto mismo deseo ahora sobre todas las cosas; haced de mí lo que fuereis servido.* Quedaron suspensos y admirados los circunstantes al óirle hablar de aquella manera. El modo de mirar, los movimientos, el gesto, el tono de la voz, todo daba á entender que veía realmente á Jesucristo. Recibió el sacramento del amor, y por todo aquel día se conservó tan alegre y tan gozoso, que parecía haber desaparecido enteramente la enfermedad. Administrósele, en fin, la santa Unción, y, abrazándose entonces estrechamente con un Crucifijo, le regaba con sus lágrimas, besando las llagas con devotísima ternura; pero aplicando sus labios especialmente á la del sagrado costado, como si quisiera echarse á pechos toda aquella preciosísima sangre, decía enternecido: *Aquí, aquí se han de beber aquellas*

aguas saludables, en las fuentes del Salvador. Cuanto más se debilitaba su cuerpo, más se fortalecía su alma con el vigor de la gracia; pero al fin, lleno de merecimientos, purificado con el fuego de la tribulación, terminó una santa vida con una muerte preciosa en los ojos del Señor el día 16 de Noviembre del año 1241, manifestando luego Dios la santidad de su siervo con gran número de milagros. Su santo cuerpo se restituyó á Pontniy, donde se le dio sepultura con grande solemnidad; y desde luego se comenzó á trabajar en su canonización, la que se terminó, cuatro años después de su muerte, por el papa Inocencio IV.

La Misa es en honor de San Edmundo, y la oración la siguiente:

Suplicámoste ioh Dios omnipotente! que en la venerable solemnidad del bienaventurado Edmundo, tu confesor y pontífice, nos aumentes el fervor y el deseo de nuestra salvación. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 5 del apóstol San Pablo a los efesinos.

Hermanos: Cuidad de caminar cautamente; no como ignorantes, sino como sabios, recobrando el tiempo, porque los días son malos. Por tanto, no seáis imprudentes, sino entended cuál sea la voluntad de Dios.

REFLEXIONES

Redimiendo el tiempo. El tiempo se redime empleándole bien. Terrible cuenta han de dar á Dios los que le malogran en tan vanas diversiones, pero sobre todo en el juego. Este es el que, entre todas las

diversiones, ha hecho más progresos y, si es lícito explicarme así, el que ha hecho en el mundo más fortuna; porque arrebatada con mayor imperio, deja menos lugar á la razón para tristes reflexiones, y menos libertad al corazón para sentir sus cuidados. Es verdad que ya el juego no es verdaderamente diversión, es una estudiosa aplicación que deseca, un trabajo ingrato y estéril que consume los espíritus, una pasión á que se sacrifican los bienes, la quietud y la conciencia. Gritase mucho contra la intensa aplicación que requieren los ejercicios espirituales; pero mucha mayor intensión pide una partida de juego: ella consume en una sola noche [y día] más espíritus que muchos días de oración y de retiro. ¡Buen Dios, con qué atención se está para seguir una idea, para cautivar la suerte, para aprovecharse de un descuido, para prevenir la habilidad ó el artificio del contrario, para descubrir, en fin, sus pensamientos, para eludirlos, y para suplantarle! Representémonos una mesa de jugadores; no hay cosa más grave, más taciturna, ni donde se note mayor estudio, más cuidadosa, más fija aplicación de todas las potencias. Negados enteramente á toda otra conversación que no sea la del interés y la del juego, continuamente están maquinando aquellas cabezas algún incidente, algún lance favorable; tan abstraídos siempre que, llegando á parecer enajenados, se olvidan hasta de las más comunes atenciones que enseña la urbanidad y la buena crianza.

MEDITACIÓN

El peligro á que se exponen los que pasan una vida inútil.

PUNTO PRIMERO.—Considera el peligro á que nos exponemos haciendo una vida inútil, y cuánto es de temer que atraigamos sobre nosotros los castigos de un Dios justamente irritado con aquella terrible sentencia que se

fulminó contra el árbol que no daba fruto.

Muchos años ha que no cesa Dios de estarnos cultivando: inspiraciones, gracias, auxilios, lances imprevistos, lección de libros, todo se dirige á convertirnos. Mucho tiempo ha que el Señor anda buscando frutos, y sólo encuentra hojas, ó á lo menos unos frutos como las manzanas de Gomorra: bella apariencia, pero lo interior podredumbre y amargura. Pues ¿cuál será nuestra suerte? ¿Qué debemos esperar? El árbol estéril es condenado al fuego; pues un cristiano vacío de buenas obras, sin devoción, que sólo tiene de cristiano el nombre y la apariencia, ¿logrará el Cielo?

A vista de esta reconvención, ¿no tenemos motivo para temer el justo castigo con que amenaza á la viña? Arrancaré el vallado con que la cerqué, y la dejaré á merced de los pasajeros; pisaránla, destruiránla, y quedará convertida en un camino público. No la cultivaré más: cubriráse de zarzas y de malezas, y, para colmo de su desdicha, ya no lloverá sobre una tierra tan ingrata, sobre una viña que no da fruto. Fácilmente se entiende lo que significan estas expresiones. Pues ahora, aquel Dios tan justamente irritado ¿nos continuará sus extraordinarios auxilios? ¿Derramará siempre sus gracias sobre nosotros con profusión? ¿Te dejará ese vallado que tú mismo procuras arrancar? ¿Te colmará siempre de nuevos favores y de, nuevos beneficios?

PUNTO SEGUNDO.— Considera cuánta desgracia es para una alma castigarla Dios con la justa pero terrible privación de estos extraordinarios auxilios. Arrancado una vez aquel vallado; esto es, perdido aquel recogimiento interior, debilitado aquel saludable temor de los juicios de Dios, repetidas aquellas reincidencias, no produciendo ya cosa alguna aquellos talentos, se derramará el alma indiferentemente á todo género de

objetos, será presa infeliz de las pasiones, ocuparáse todo el ánimo en mil tumultuosos cuidados, ya no se dejará percibir la voz de Dios sino muy desmayadamente allá en el fondo del corazón; los saludables consejos de un director sabio y celoso ya no harán impresión; se mirará con tedio la virtud, harásé insoportable el yugo del Señor, parecerá como agotado y seco el manantial de las gracias, y ¿en qué parará una pobre alma en un estado tan infeliz?

¡Cosa extraña! Estamos haciendo estas reflexiones, y aun muchos que las harán se estremecerán á vista de estas verdades: ninguno deja de conocer el grandísimo peligro á que está expuesta una vida ociosa, una vida inútil para el Cielo; pero ¡cuántos y cuántos habrá para quienes todas estas reflexiones sean sin provecho!

No permitáis, Señor, que yo sea de este número. Hasta aquí, es verdad, hice ineficaces todas vuestras gracias, inútiles todos vuestros desvelos. No os canséis, gran Dios de las misericordias; continuad, os lo suplico humildemente, continuad cultivando esta alma con vuestra gracia, pues en ella confío que ha de llevar de aquí adelante sazonados frutos.

JACULATORIAS

Un poco más de tiempo, Señor, un poco más de tiempo, que yo os restituiré todo lo que os debo.—*Matth.*, 18.

Dios mio y mi Señor, muéstrame hoy que eres mi dulcísimo Dueño, y haz que comience yo á ser humilde siervo tuyo.—*III Reg.*, 18.

PROPÓSITOS

1. Si has comprendido bien el peligro á que está expuesta una vida regalona, ociosa, inútil y delicada, fácil te será evitar este peligro concibiendo un grande horror á tan infeliz estado; pero guárdate bien de que todo se reduzca á meros proyectos en el aire, y á aquellos inútiles deseos que matan á los perezosos. Haz que siempre sea práctico el fruto de todas tus meditaciones; es decir, que siempre venga á parar en reformar tus costumbres, en arreglar tu vida y en entregarte al ejercicio de la virtud. Hasta aquí ha sido inútil tu vida ó, cuando menos, se descubren en ella grandes vacíos; pues haz que desde hoy en adelante sean días llenos todos los que vivieres, como se explica la Escritura. Gasta en limosnas lo que habías de gastar en un suntuoso banquete, en una gala costosa que no te es muy necesaria, en un precioso mueble sin el cual puedes muy bien pasar. Haz á Dios y á la caridad este sacrificio. ¿Qué te parece de esto? ¿No te acomoda?

2. Huye la compañía de la gente ociosa, y todas aquellas concurrencias donde reina la ociosidad. Ten siempre alguna cosa en que ocuparte. Una señora cristiana debe siempre tener alguna labor en que emplear el tiempo. Acostúmbrate á levantar de cuando en cuando el corazón á Dios con breves pero fervorosos actos de amor y otras devotas jaculatorias. Es devoción muy provechosa el rezar el *Avemaría* cuando se oye la hora del reloj. Nunca será inútil una práctica tan cristiana, y éstas son aquellas pequeñas industrias con que el alma se enriquece.